

Rosa Regàs

La canción de Dorotea



Premio Planeta 2001



Aurelia Fontana, profesora universitaria en Madrid, se ve obligada a buscar a alguien que cuide de su padre enfermo, postrado en una casa de campo. Adelita, menuda, parlanchina y eficiente, parece la persona indicada; y una vez ganada la confianza de Aurelia, sigue como guarda de la casa al fallecer el anciano. La dueña, que pasa en la finca contados días al año, asiste entre incómoda y fascinada a las explicaciones de Adelita; hasta que desaparece una valiosa sortija.

La actitud críptica de la guarda y una equívoca y repetida llamada telefónica hacen que Aurelia entrevea que algo anómalo ocurre en su casa mientras ella está ausente. Pero su obsesión por desvelar lo sucedido la lleva, en realidad, a un cara a cara con sus propias frustraciones y deseos inconfesables, en una espiral que, entre la atracción y la repulsa, la conduce a un terreno en el que lo bello y lo siniestro se dan la mano.

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 2001, concedido por el siguiente jurado: Alberto Blecua, Pere Gimferrer, Carmen Posadas, Antonio Prieto, Carlos Pujol, Terenci Moix y Manuel Vázquez Montalbán.

A Carmen Balcells

T'estimi

*El deseo de ser diferente de lo que eres
es la mayor tragedia con que el destino
puede castigar a una persona.*

**SÁNDOR MÁRAI,
EL ÚLTIMO ENCUENTRO**

*¡Ay, voz secreta del amor oscuro!
¡Ay, balido sin lanas! ¡Ay, herida!
¡Ay, agua de hiel, camelia hundida!
¡Ay, corriente sin mar, ciudad sin muro!*

**FEDERICO GARCÍA LORCA,
SONETOS DEL AMOR OSCURO**

1

Se llamaba Adelita. Era una mujer tan baja que ni siquiera en las raras ocasiones en que se ponía zapatos de altos tacones, sobre los que se balanceaba incómoda aunque segura, levantaba del suelo más de un metro cincuenta. Sin embargo lo más peculiar de su figura era, sin lugar a dudas, la estructura de su cuerpo reducido. Reducido pero no débil. Era un cuerpo robusto, fuerte, de anchas espaldas, de cuello breve y sólido, pero de caderas estrechas en comparación con la magnificencia de sus hombros y de sus muslos recios y potentes. Los brazos, cortos y fornidos, disparados hacia el exterior por el tórax extremadamente vigoroso punteado por unos pechos leves que se perdían en él, remataban su aspecto de aborigen en proceso de extinción que por circunstancias inexplicables hubiera huido de un país lejano y primitivo. No era enana ni habría llamado la atención su estatura de no haber sido por la contundencia de ese ancho cuerpo, por esa coincidencia de medida entre la longitud y la anchura que la convertía en un ser tan singular.

Ella, en cambio, sólo era consciente de su reducida altura, y se permitía hacer bromas sobre sí misma con coquetería, dando a entender que si bien en ese aspecto la naturaleza la había tratado con mezquindad, le había dado para compensar una gracia innata que convertía sus limitaciones en un atractivo distinto de los que adornaban a las demás mujeres. Y cuando quiso sacarse el carnet de conducir y, precisamente por ser tan bajita, la obligaron a solicitar un permiso especial parecido al que se exige a quienes tienen

algún tipo de minusvalía, achacó los fracasos de sus exámenes a la mala idea de los examinadores que la habían arrinconado en una categoría que, de hecho, no le correspondía. Y tal vez tenía razón, porque si bien intentó pasar el examen seis veces sin lograrlo, sin ni siquiera aprobar la teórica, no era inteligencia lo que le faltaba ni dotes para el estudio. Pero aunque se negó a hablar de ello, no se arredró y, a falta de permiso de conducir, circulaba de la finca al pueblo en una mobilette cuyo manillar le llegaba a la barbilla y en la que la corpulencia de su cuerpo se desvanecía al sentarse y su cara ancha y su cabeza aplastada sobre ese cuello potente bailaban dentro de un casco que parecía sostenerse sobre el sillín.

Había entrado al servicio de la casa como guarda para sustituir a otra que se había despedido porque había comenzado a trabajar en un hotel, y ocupaba con su marido y sus hijos una pequeña vivienda adosada a nuestra casa. Era la última de una serie inacabable de criadas, asistentes y enfermeras que habían dado buenos resultados los primeros días pero que habían acabado yéndose, agobiadas por la soledad del lugar y el arisco carácter de mi padre y más tarde por su enfermedad, o habían sido despedidas por descuidar sus obligaciones.

El día que tuve con ella la primera entrevista en un bar del pueblo que distaba apenas dos kilómetros de donde se encontraba la finca, Antonia la carnicera había hecho las presentaciones y yo, tras una rápida conversación, la había contratado aunque, sin saber por qué, su presencia me inquietaba no tanto por su aspecto cuanto por esa insistencia en rehuir la mirada cuando hablaba. Con el tiempo comencé a sospechar que si cada vez miraba de frente con mayor frecuencia no se debía, como había supuesto al principio, a la familiaridad y al buen trato que recibía y a la relación de confianza que habíamos establecido, sino a que mentía, y que sólo ocultaba la mirada cuando la verdad de sus respuestas la hacía avergonzarse de sí misma. Llegué a pensar

que Adelita mentía por sistema, por exagerar sus méritos o dar más relieve a las historias que contaba, pero también por inventar excusas con las que justificar retrasos, ausencias, la pérdida de pequeñas cantidades de dinero o la desaparición de objetos. Tal vez el extraordinario aplomo con el que mentía fue la razón por la que, hasta mucho más adelante, no caí en la cuenta de que cuanto más sostenía la mirada, mayor era el embuste. No logro comprender cómo me resistí a aceptarlo durante tanto tiempo a pesar de que las pruebas eran inequívocas y numerosas, e incluso cuando ya estaba por rendirme a la evidencia llegué a pensar que mentía sólo por el mero placer de fabular. Tal vez de haber estado yo más atenta a ella y a sus cuitas lo habría admitido mucho antes. Pero aun viéndolo y palpándolo desde el principio, no admití el motivo de su insistencia en la mentira hasta mucho más tarde, casi al final de la historia, y cuando me decidí a aceptar que la mentira, como todas las mistificaciones que acabé descubriendo en ella, se debía simplemente a un vehemente e impenitente deseo de ser mejor, más bella, más rica y más inteligente, de salir del pozo de insatisfacción en el que el destino la había situado y la vida mantenido, de todos modos ya era demasiado tarde, incluso para mí.

Pero aquel día de la primera entrevista en el bar La Estrella Polar sólo vi lo que quería ver. Las referencias de la carnicera eran vagas pero me bastaron: «Es muy buena mujer, hace años que viene a comprar a la carnicería, la conozco bien a ella y a toda su familia.» Y aunque había entrevistado a otras candidatas que podrían haberme convenido, ella tenía a su favor que ya había cuidado enfermos anteriormente y podía comenzar en seguida. «Al día siguiente», me dijo, «si a la señora le conviene.»

A la señora le convenía en gran manera, pensé, porque tenía que irme al cabo de una semana y me daba cuenta de que en unos pocos días esta mujer, que según lo que me había dicho tenía experiencia en trabajar y llevar una

casa, podría aprender el manejo de la mía, conocer los cuidados que necesitaba mi padre inválido, y familiarizarse con Jalib, el jardinero que teníamos contratado por horas un par de días a la semana. Así yo podría irme en paz a Madrid, la ciudad donde vivía y trabajaba.

«Usted quedará contenta, ya lo verá. Si viera usted lo contentos que estaban conmigo los señores Álvarez, los que tienen esa cadena de heladerías en Barcelona, ¿los conoce? Con toda tranquilidad me dejaban sola, o incluso con los niños. Yo era quien llevaba la casa. Estuve con ellos más de cinco años. Y todavía hoy, cuando los encuentro, me abrazan y lloran.»

«¿Los Álvarez de Álvarez y Bonmatí?», pregunté, satisfecha por haber encontrado esa nueva referencia.

«Sí, éstos, ¿los conoce?», y me miró fijamente un instante.

«Sí, sé quiénes son.»

«Pues pregúnteles. Ya verá. Fue una pena que muriera el marido y ella tuviera que traspasar el negocio e irse a vivir con la madre a Francia.»

«No sabía», dije yo, que si bien llevaba años sin ver a los Álvarez de Álvarez y Bonmatí, los conocía lo suficiente como para haberme enterado de la desgracia. Pero hacía tanto tiempo que no vivía en Barcelona, tanto tiempo que me había distanciado de mis amigos y conocidos de la ciudad, que achaqué a la ausencia mi ignorancia, pasé el hecho por alto y pregunté: «¿Puede comenzar mañana?»

«Sí», respondió ella sin levantar la vista, «ya se lo he dicho, puedo comenzar cuando usted quiera.»

«¿Y qué ocurre con su casa? De hecho, usted ¿dónde vive ahora?», quise saber.

«Vivimos a unos tres kilómetros de aquí, cerca de la carretera de Gerona, en un grupo de casas que hay junto al camino del Faro, pero no tenemos que preocuparnos de nada porque cerramos la casa y mis suegros...»

No quise saber más. Establecimos las condiciones, las responsabilidades, el sueldo, podía vivir con su familia en la vivienda de los guardas anexa a mi casa, pero dejé bien claro que sólo contrataba sus servicios, no los de su marido.

«Claro que no», dijo, «mi marido tiene ya un trabajo fijo...» Y volvió a clavar sus ojos en los míos casi con impertinencia.

«Entonces, hasta mañana.»

«Hasta mañana.»

Desde la ventana del estudio de la casa, contemplé con melancolía cómo caía la tarde. El sol se había escondido tras la montaña a mi espalda, pero un halo de claridad vicaria aún del día hacía más diáfanos los contornos de los árboles y de los montes de la otra ladera del valle, que oscurecía lentamente en tonos azul y violeta. A través del cristal, el aire transparente me trajo el canto de un gorrión perdido destacándose sobre el ruido de la mobilette que subía a trompicones por el camino y le ganaba a las hojas apelmazadas de humedad cada palmo del ascenso. Sí, miraba el paisaje con esa melancolía que dulcifica el espíritu y se empeña en esconder la inquietud que lo ronda.

Era Adelita la que subía con su mobilette por el camino que serpenteaba en la cañada, dejando a su paso una estela de moscardón. El casco dominaba la figura que se hundía en el asiento y las piernas cortas y robustas encogidas sobre el vientre daban al conjunto el aspecto de un bulto informe. El pequeño portaequipajes a su espalda estaba atiborrado de paquetes y en torno a él colgaban infinidad de bolsas de plástico llenas, como una coraza posterior que la protegiera por la espalda. Al llegar a la entrada detuvo la moto, saltó hacia un lado y puso el caballete. Abrió la cancela metiendo la mano por entre las rejas. Luego volvió a encaramarse a la moto, dio una sacudida al pedal y, una vez

sobrepasada la entrada, se detuvo de nuevo y saltó para cerrarla como es debido.

«Va a disponer de todo lo mío como si fuera yo misma. Va a quedarse en la casa cuando yo no esté. Va a entrar en mi vida. ¿De qué la conozco?» Alejé ese desasosiego que nunca había sentido antes al contratar ayudas para la casa o guardas o enfermeras para cuidar a mi padre y volví a la figura que componían ella y su mobilette, ese centauro grotesco tal vez, pero de cualquier modo inquietante: «¡Cómo voy a saber si he hecho bien!» No era tranquila la voz de mi conciencia.

Habían pasado tres años y Adelita había cumplido su palabra. Era una mujer lista y eficaz que tenía un verdadero prurito en hacer las cosas bien hechas. Nada le gustaba más que organizar de improviso un almuerzo para quince personas, que cocinaba y servía sin que yo apenas tuviera que hacerle una leve indicación. Se sentía tan orgullosa de mis invitados como si hubieran sido los suyos, les servía el aperitivo e incluso en un exceso de celo se colgaba una servilleta doblada en el antebrazo, «como en el hotel donde yo iba a ayudar los días que había banquete», decía. Mantenía las habitaciones en perfecto orden, cuidaba a «su viejo señor inválido», como llamaba a mi padre con cariño, lo lavaba y afeitaba, le daba de comer, lo sacaba todos los días a la solana y lo paseaba con ayuda del jardinero los días que trabajaba en casa, o sola si no había nadie más. Atendía a la enfermera de noche, limpiaba, cosía, cuidaba del perro y del gato, a los que mangoneaba, enjabonaba y fregoteaba, y cuando yo tenía que irme a Madrid para volver a mis clases me hacía las maletas con esmero y atención, y las deshacía a mi vuelta después de haber salido a recibirme; llevaba el equipaje a la habitación y me subía una taza de té que yo le agradecía del mismo modo que lo hacía al ver brillar la madera de los muebles, descubrir flo-

res en los jarrones, encontrar la nevera con todo lo necesario y la mesa bien dispuesta para la próxima comida. Un reconocimiento que le demostraba con breves palabras al comprobar que una vez más no se había excedido del presupuesto que le adjudicaba cada vez que hacíamos la previsión para los meses siguientes. Era, además, pulcra y precisa en la información que, cuando yo estaba en Madrid, prácticamente todos los días me daba por teléfono sobre la salud de mi padre y el funcionamiento de la casa. «Si no puede venir este fin de semana», decía, «no se preocupe, aquí todo funciona perfectamente.» Y así era.

Al poco tiempo llegué a la conclusión de que había contratado a la persona ideal, una perla, tan responsable que apenas me exigía trato ni convivencia, los mínimos por lo menos para sumirme en una extraña y deliciosa sensación de comodidad. Y cuando al final del segundo año murió mi padre, su comportamiento me reafirmó en esa convicción, porque fue ella la que se ocupó de limpiar el cadáver y amortajarlo, y organizar el entierro, haciendo y deshaciendo y dando órdenes o sustituyendo en su labor a los empleados de la funeraria, que no pusieron objeción ninguna a que alguien les hiciera el trabajo. Es más, Adelita preparó un somero bufet funerario al estilo de su lejano pueblo de la provincia de Albacete para los pocos amigos que asistieron a las exequias, con un surtido de tortas de pimientos, buñuelos de bacalao, huevos duros y empanadillas de carne picante que, si bien me parecieron un tanto pintorescos para la ocasión, la dejé hacer porque no tenía humor para contradecirla y porque en el fondo me daba igual.

Después llegaron aquellos días vacíos, más vacíos porque no había trajín en la casa, o a mí me lo parecía, o porque la ausencia del padre por dura que haya sido la vida con él deja un agujero negro difícil de aceptar y de soportar. Y porque sabía, además, que habría de tomar una decisión sobre la casa y no me sentía con capacidad para hacerlo. Todo funcionaba tan bien ahora en comparación con los

años anteriores a su llegada que el solo pensamiento de abandonarla me ponía de malhumor, como si fuera una desagradecida que no supiera valorar la dicha que me había caído del cielo, como si no fuera capaz de aprovechar una oportunidad que nunca más se me presentaría.

Mi padre, un neurólogo con cierta fama en Barcelona que siempre había vivido en la ciudad y presumía de ser urbano, había adquirido un buen día esta casa situada en un pequeño valle cerca del mar, en la provincia de Gerona, cuando ya era mayor y estaba un tanto atropellado pero gozaba todavía de buena salud. Y cuando le llegó la jubilación se instaló en ella, decidido a convertirse en un ser rural. Aunque ni él mismo ni nadie habría presagiado un final tan rápido, le quedaban diez años de vida. Sin embargo, él no pensaba en la llegada de la muerte como no la anticipa nadie por temor a enfrentarse a lo inevitable. Así que, para sorpresa de sus amigos y conocidos, se había dedicado a vivir allí solo y enloquecido como siempre había estado, y más aún porque quería suplir con la voluntad la falta de experiencia y su incapacidad para hacerse con la vida en el campo, que nunca le había atraído. Tal vez ésta fuera la razón por la que se peleaba aún más de lo que lo había hecho siempre con sus colaboradores y sirvientes, y a todas horas chillaba y los amenazaba con despedirlos porque los hacía responsables de la encarnizada lucha que le ocupaba todo el día y parte de la noche contra las inclemencias del tiempo, los desastres de su economía y la pretendida persecución de que era objeto por parte de hombres y dioses, en el inalterable afán de convertir aquella finca en una finca agrícola donde pacieran los corderos que se había hecho traer de Inglaterra para cruzarlos con los autóctonos. Había construido corrales, tenía pastores que andaban por los campos en barbecho o en las lindes de los caminos y los bosques con la radio a todo volumen ahuyentando a los motoristas que cruzaban los prados en busca de peligros, y

había logrado perder en los años que duró la aventura buena parte de su patrimonio.

Pero contaba a gritos a todo el que quisiera oírlo, incluso a los hombres del bar del pueblo con los que iba a jugar al dominó los domingos por la tarde, y también a mí cuando le acometía uno de sus ataques de violencia verbal, que «poco le importaba perder o ganar, que el dinero era suyo y que a su hija Aurelia», ésa era yo, «ya le había dado la posibilidad de cantar su canción en esta vida. Cada uno tiene que cantar su canción»; repetía a gritos una metáfora que yo le había oído desde que era niña: «y no tengo que reprocharme de habérselo impedido. La he enviado a estudiar por el ancho mundo, la he mantenido y subvencionado durante largos años de investigación y estudio, la he convertido en una doctora en Virología o en Biología Molecular, algo así», dudaba siempre quitándole importancia, «que ahora, si no gana tanto dinero como el que ganaba yo a su edad, se basta a sí misma y además tiene cierto prestigio, y como vive la mayor parte del tiempo en Madrid, donde se casó y encontró trabajo, apenas nos vemos y por supuesto ya no nos necesitamos. En cuanto a mi yerno», en un imparable aumento de la irritación, «ya he perdido la cuenta de cuándo murió, sólo recuerdo que era un enloquecido artista de izquierdas», decía con desprecio, «que no merecía cobrar un duro porque había perdido hacía años la capacidad, no ya de ganar dinero, sino siquiera de conservarlo.» Les tocaba después el turno a los nietos que no tenía ni parecía que fuera a tener, decía, como no tenía sobrinos, ni ahijados, ni familiares de ningún otro tipo. Así que nada lo obligaba con nadie. Estaba convencido de que conseguiría enderezar el negocio de los corderos pero en caso de que así no fuere —en este punto del discurso ya había levantado el brazo que movía como si blandiera una espada—, poco importaba, porque tenía la experiencia y la inteligencia suficientes para que ni la mala suerte ni los reveses logran acabar con su fortuna por mal que le fueran las cosas y por

años que le quedaran de vida. El discurso podía ser interminable, pero siempre acababa con las mismas palabras: «Y si al morir dejo la hacienda mermada, no por esto voy a sentir el menor remordimiento, también yo tengo derecho a cantar mi propia canción.»

Cuando la compró, la casa se llamaba «El Viejo Molino», por un molino desvencijado de grandes aspas situado en la entrada de la finca a media altura de la ladera donde estaba situada, que recogía como en un corredor todas las corrientes de los vientos de los que era tan pródiga aquella tierra. No tenía armadura metálica, sino que se levantaba sobre una torre de ladrillos y piedras, cuyo revocado se habían llevado en buena parte los años, las tormentas y la desidia de antiguos propietarios. Él lo había hecho remozar y aunque seguían las aspas por enderezar y completar, había hecho pintar de verde oscuro los hierros que habían resistido el tiempo y había aceitado la maquinaria hasta tal punto que, cuando la tramontana era muy feroz, el viejo molino se desperezaba, chirriando los goznes de pura pereza y comenzaba por dar lentas vueltas empujado por las ráfagas mientras las bielas subían y bajaban con la lentitud de la inanidad: el pozo se había secado hacía años y no quedaba de él más que un brocal de belén cubierto de hiedra como un elemento decorativo del paisaje. El molino servía de muy poco pero fue él el que dio el nombre definitivo a la casa. «Se llamará “El Molino”», ordenó, «ni nuevo ni viejo, “El Molino” a secas.» Mandó imprimir unas tarjetas con aquel nombre tras el suyo y clavó una placa de metal en un poste a la entrada del camino.

Entre adecentar la casa, comprar ganado, construir corrales y apriscos, y pelearse con los pastores, habían pasado ocho largos años, hasta que un día de pronto, sin ningún síntoma, ningún signo que anticipara la tragedia, llegó el ataque, la hospitalización y la sentencia que lo dejó postrado en una silla como un bulto inerte y mudo, y quién sabe si sordo y desprovisto de entendimiento, convertido en